



CELEBRACION DE "LAS PIEDRAS".

(Fotografía Juan Caruso).

El domingo pasado se celebró en Las Piedras el 147º aniversario de la batalla liberadora, con actos cívicos y desfiles frente al monolito a Artigas, plantación de árboles, etc. La nota gráfica muestra uno de los aspectos del desfile, con la tradicional carreta rodeada de abanderados a caballo.

HAY calles que llevan al centro de la ciudad. Otras a las plazas metropolitanas, a la Universidad, al Palacio de las Leyes, y al mercado. Las hay que conducen sin obstáculo al café, al cinematógrafo y a la cancha de bowling.

Las hay humildes y opulentas. Silenciosas o envueltas en el estrépito alocado del tránsito. Borneadas de edificios enormes o arboladas de paraísos y acacias.

Calles hay donde las multitudes arrastran cada día sus sueños y fracasos. Donde florece el amor o la mendicidad tantea las posibilidades de la caridad pública.

Tendidas a las cuatro esquinas del hor-

RECUERDE U.D.

SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!!

MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"

ELEGANTE Y FINA TERMINACION

ES OTRO PRODUCTO DE: Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA YTU 1824 - TELEFONO 500261

APICURIN



Producto a base de JALEA REAL ESTABILIZADA, analizado y autorizado por el MINISTERIO DE SALUD PUBLICA. - REGISTRO 15.310, está en venta en Farmacias.

Elabora: LABORATORIOS "CABRAL"

SAN JOSE 1022 — Teléfono: 8.80.67
Montevideo

CAPITAS
PILOTS
IMPERMEABLES

CALZADO
PARA
LLUVIA

DURBAN

18 de Julio 372



comprando

SIAM

Ud. paga menos
y recibe más



capacidad
10 1/2 unidades

Siam URUGUAY 1123



FLORIDA

Al final de ella florece un jardín de mástiles y chimeneas.

ESAS CALLES QUE ANDAN BUSCANDO AL MAR

zante, las calles de la ciudad llevan al hombre montevideano a ganarse el pan o a conquistar la muerte, a perseguir el éxito y la desdicha, con resignación y desafío, o con un afán desesperado y mecánico.

Por las calles llega el hombre que nos trae el periódico. El cobrador de esto y de lo otro, el que vende flores y el que lustra zapatos, la mujer que se detiene para ver un entierro, y el jovencito imberbe que cree que ni la vida se resiste ante una llamativa corbata.

Todas las calles traen o llevan algo. Todas tienen un valor de destino, de despedidas y adioses, de encuentros y desencuentros, de bienvenidas y de radicaciones.

Sin pasión, las calles han cuadrado la ciudad. Le han trazado su configuración geométrica.

Con ellas los barrios suburbanos fueron creciendo, alejándose cada vez más de la costa del río, internándose en las planicies del norte, dejando en la ruta su afiebrada carga de rumores y cobrando una fisono-

mía menos cartaginesa en las definidas zonas de extramuros.

Así como hay una calle para cada héroe, la hay para cada país, para cada poeta. En la nomenclatura de las calles se dan cita todos los avatares del mundo. En cada nombre, una historia. Existe la calle Alejandría en recordación de la ciudad y puerto principal del Egipto. Esta es Milton, en recuerdo del célebre bardo de Inglaterra. Aquella es Guaranbaré. La otra se llama Goes por los hermanos que introdujeron las primeras cabezas de ganado en el país. Mar Artico. Mar Mediterráneo. Luego los ríos: Mississippi, Nilo, Río de la Plata, Amazonas. Y otras con nombres de islas, de planetas y hasta de flores.

Una constelación de nombres de fantasía que conducen a las más remotas regiones del mundo y a la capital de cualquiera de los países de las Américas. Otras calles... nos llevan directamente a la magia del mar, de los muelles marinos, de los mástiles empavesados, del más allá del horizonte que

los textos llaman geografía.

Con un ritmo distinto y diferente a las otras, estas calles bajan buscando el mar.

Al final de ellas, como pintado telón de fondo, se puede ver la gran sabana azul y los fanales encendidos de los prohibidos barcos de ultramar, que ejercen siempre la misma atracción diabólica sobre los que se quedan.

Del corazón tumultuoso de la ciudad indiferente, de los leprosos barrios que conservan aun los últimos restos coloniales, o ya en los elegantes barrios de las zonas costeras, estas calles se escapan hasta el borde del mar, y allí se detienen derrotadas por su engolada soberbia.

Pocas cosas tienen la irremisible atracción de estas calles. Ellas son como la negación de las distancias y una excelencia única para perder el tiempo. El mar las acaricia con sus brisas, les ofrece dádivas por doquier que bien puede ser un paquete que parte, una vela naranja, o una orla de peñascos y espuma contra la que bate



RIO NEGRO

Sendero céntrico que conduce a los grandes espacios marinos.



el oleaje.
Estas calles son terrazas del mar. Se pierden y se confunden en el puerto, los barcos, las chimeneas.

Son la llave que abre la imaginación del oficinista que marcha a su empleo, de esas patotas habituales de las esquinas, de esos hombres y mujeres comunes parados a la puerta de casa, que sin mirar nada, con los ojos fijos en el agua, quisieran tal vez quebrar el sosiego de siesta de sus vidas gastadas y vegetativas y marcharse por siempre jamás en ese barco que pasa allí mismo frente a su calle de siempre, donde el otoño va deshojando de a uno los árboles, donde la vida cobra sus intereses más altos en cuotas de aburrimiento, de dejarse estar, de su jeción y hastío, donde parece detenido el tiempo que lleva a lo que está cada día más próximo.

El mar está siempre presente en todas estas vías del tránsito ciudadano, está arraigado en las pupilas, en los recorridos e itinerarios imaginarios de la gente de la zona bursátil, que marcha furiosa a sus oficinas, con sus afanes y angustias, urgida por compromisos y los implacables horarios de siempre.

Pero felices, al fin, por poder levantar los ojos y encontrar al final de una calle ese mar azul de linterna mágica, que ni siquiera sabe para sí mismo que existe, y que en el juicio íntimo de cada montevideano apresurado, le pertenece, es de la comunidad. Aunque esté dentro de la dimensión imaginaria del ensueño.

J. R. CRAVEA.

(Especial para **EL DIA**).

ITUZAINGO
Custodia de los barcos que llegan.



BRECHA Y JUAN CARLOS GOMEZ
Una esquina que abre sus dos brazos al mar.



SARANDI
La escollera: una senda que propicia una imagen de René Clair.



BRECHA
Extendiendo la mano se toca a los barcos que parten.

FILOSOFIA DE UN LANCERO DE DILIGENCIA

EN las puntas del Sarandí Chico tenía una de sus postas la diligencia de don Balbino Soria. Allí se detuvo. Era una posta en campo limpio. Se encerraba en un ángulo agudo que hacía el cruce de dos alambrados. En tanto el mayoral iba desprendiendo la sudorosa y humeante tropilla, el cuarteador Sánchez se perdía tras unos cerros, sobre el de la cuarta, en procura de los de refresco. Apeáronse los pasajeros, que eran doce, para desentumarse. La mañana era fresca pero de cielo puro. De la tabla—asiendo duro, especie de ante pescante—bajó un hombre que viajaba custodiado por dos policías. Este hombre estaba maniatado. En el pescante quedó sentada una mujer joven, de entrecidos y húmedos ojos, con un niño en brazos, envuelto, como perdido entre dos o tres rebazos. Esta mujer iba entre el segundo Roldán y un corredor de comercio, mozo inflado y pegajoso, quien no hacía más que enderezarse el bigote, contar grandezas, y lanzar intensas miradas a la mujer que a su lado iba, indiferente a su drama. El preso se apretaba entre el mayoral y el milico Miguez.

A medida que Soria iba soltando lanceros y boleros éstos se calomaban sobre la tierra, revolcándose sobre el rocío, resoplando de goce.

Al fin Sánchez asomó en un alto con ocho rabones por delante. El y don Balbino los encerraron y comenzaron a prender. El mayoral habló:

—Ese tubiano es el que va a dir en la lanza, al lao del Chato, pa suplir al rosillo



RECUERDE U.D.

El Hogar



CLINICA DENTAL YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de ciudad)

CASI PAYSANDU



El mejor esmalte para cualquier superficie

DENVERLUX

UNA MANO VALE POR CUATRO!

CLERICETTI & BARRELLA S.A.
RINCON 729

Tambor.

—¿Es el que le compró a don González? Parece caballo superior.

Va a hacer güena yunta con el Chato... Diez minutos después arrancaba la diligencia.

El Chato era un animal de anca ancha, de poderoso encuentro. Cuando el vehículo entró en el corredor y la tropilla unificó el trote comenzó a mirar de reojo al nuevo compañero, al tubiano. También éste era fuerte, de recia osamenta. Ya habían hecho una media legua cuando lo oyó rezongar:

—¡Miren en qué vida he caído: rabón de diligencia!

—¿Viene cansao, amigo? —le preguntó comedidamente el Chato.

—¡Qué viá venir cansao; redotao es lo que vengo!

Hicieron otro tirón en silencio. Al fin el Chato soltó estas palabras:

—¿Asina es que nunca cinchó diligencia?

—No, señor; un carruaje de don González y na más que pa dir y venir del pueblo. Estaba bien cuidao...

El Chato calló un instante. Después prosiguió:

—Y güeno... Pero mire: no crea que este su nuevo trabajo es fiero. Por lo de pronto va a vivir en familia, semos güenos compañeros. Es verdá que tiramos de punta a punta cuatro leguas largas; pero entre ida y güelta pasa una semana, ya ve, seis días de descanso. Esas cuatro leguas son duras, no le dudo. A veces la diligencia va hasta los topes, en verano el sol chamusca y en ocasiones asa; en invierno la cosa es más fruncida: hay tres zanas ande nos estiramos como bordonas, y cada barrial más espeso que hígado. Pero mire: al fin y al cabo estas cuatro leguas se hacen, y el mayoral es güen hombre... Güen hombre pero tenga cuidao de dir siempre con el tiro como alambrado de prencipal a prencipal, por que si nó le cá la trenza del látigo corto y le deja el anca como pa freír muñuelos. Llegar siempre se llega, don Soria nos suelta, y nosotros nos damos güeltas patas arriba refregándonos el lomo en el pasto, asina esté reseco o empapao, caliente o frío, sintiendo un hormigueo tan suave en el cuerpo que de nuevo nos sentimos potrillos... Después a recorrer bajos y cuchillas, comiendo y charlando sin apuro. Y vea: el Sarandí Chico y el Quebracho, que son las dos postas que hacemos, tienen unos remansos con un agua tan limpia que la chupamos, más que por necesidad, por vicio. No crea, amigo, ya

verá cómo le saca güena punta a este palo... Calló el Chato y el tubiano tomó la palabra:

—No me quejo por este trabajo que me ha salido; me quejo porque nací caballo, na más. ¡Ni sabe cómo le codiceo la vida al hombre, bicho que anda por encima de tuitos!

En eso el que iba maniatado alzó la voz: —¡Hágame aflojar el maniador, segundo!

¡Vengo cuasi sin resuello!

—¡No estabas sin resuello —dijo aquél— cuando mataste al viejo Queirolo, bandido!

—Ya saben tuitos porqué lo maté. Soy pobre, tengo una mujer y un hijo, no me daban trabajo. El estanciero Sousa se amañó, con la oferta de uno pesos, pa que hiciera lo que hice; yo le desaté un nudo muy fiero que tenía con don Queirolo... Pero él no viene aquí, maniao, como vengo yo...

La voz de la mujer:

—¡Eso es muy verdá! Compiendo que este desgraciao se perdió, pero jue el otro el que lo mandó matar ofreciéndole unos vintines y la garantía de su libertad...

—¡Usté cálese la boca! —habló el segundo.

—¡Qué me viá callar la boca! He pasao tres días florando, se me ha agriao la leche, enfermé a este hijo que traigo, vengo atrás de este hombre pa ver si puedo hacer algo por él, y me sale con que me calle la boca. ¡Ay, Dios santo...!

El mayoral, blandamente, le dice:

—Sosiéguese, moza. Hágalo por su hijito.

—Sí, señor mayoral. Pero no es fácil cerrar la boca cuando está llena de razones.

¿Por qué no le aflojan el maniador a ese hombre? ¿Por qué no viene el otro bandido al lao suyo? ¿O la justicia y el castigo se hicieron sólo pa los pobres?

—¡Le he dicho que se calle la boca!

—volvó a tronar el segundo.

Soria: severo, reprocha al segundo:

—¿Qué mal le hace con quejarse? ¿Le parece poca la carga que trái arriba? ¿Por qué no le afloja un algo el maniador a ese hombre?

—¿Y usté viene de mayoral o de juez en esa tabla?

—Yo soy un hombre, segundo, que mañana no sé lo que será ni lo que haré, y usté lo mismo. ¡Y mire: ya he cargao más de veinte presos y sus custodias, y en su jefatura me llevan con compuestos por lo del pago! Entodavía no he cobrao ningún pasaje de tantos. Este hombre mató, pero usté, en sus enjuagues con el jefe me está ro-

bando el sudor de mis caballos, el de mi cuarteador, y el mío; y anda suelto...

—¡Usté es un deslenguao!...

Bruscamente Soria lanzó un agudo silbido y tironeó riendas. Se estaquearon bufando los de la tropilla. El mayoral, demudado, gritó:

—¡O alívea a ese hombre, o se bajan usté y el milico!

El segundo se irguió en el pescante llevando su diestra al cabo de una pistola. Don Balbino, rápido, le perdió en el vientre un cuchillito guasquero que usaba. El policía botó sobre el asiento y cayó junto a una de las ruedas chicas, sobre la tierra del camino. Del suelo disparó su pistola y la bala partió la frente del preso, que en ese momento se ponía de pie en la tabla. Sangre y sesos salpicaron el vestido de la mujer. La tropilla quiso espantarse; pero entre el Chato, otro lancero veterano, y un bolero viejo, contuvieron el pánico. Los alaridos de la mujer, en salvajes y patéticas notas, se abrieron sobre el campo ilimitado. El segundo se retorció agonizando, tripas afuera. El milico, lívido, comenzó a balbucear frases que nadie entendía. El corredor quedó inmóvil, petrificado, como cosido al respaldo del pescante. El color de su cara pasó por todos los matices del verde y del azul, hasta quedar en un amarillo sucio. Todo el pasaje de adentro se apeó y rodeó el espantoso cuadro.

Soria hizo pasar adentro del vehículo a la mujer del que iba preso. Con el cuarteador y el milico acomodó los dos muertos en el fondo del pescante, y señalando al mozo de las granderas murmuró:

—A ese deberíamos reatarlo en la baca, viene jediendo más de la cuenta...

Luego, sereno y frío, se dirigió al policía:

—Vamos a entregar esos dos muertos en el pueblo ande llegaremos. Usté dirá tuita la verdá del sucedido, pero la verdá! ¿me entiende?

—Sí, señor.

La diligencia siguió su viaje en un imponente silencio.

Entonces el Chato le dijo al compañero de lanza:

—¿Qué le parece, don, el hombre?

El tubiano, después de un largo callar, respondió:

—Vamos a seguir cinchando, amigo.

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA).

Dibujo del autor.

LA CIUDADELA, MONUMENTO A 30 MIL VICTIMAS Y A UN REY

EN una empinada montaña cerca de la tranquila villa de Cabo Haitiano, en la República de Haití, fue levantada hace poco más de un siglo, una fortaleza que sin haber logrado gran historia como instrumento de guerra se ha convertido en uno de los más notables lugares de nuestro hemisferio.

La Ciudadela, rodeada desde su origen de una mística emancipadora, revela hoy día a los ojos de los turistas, el carácter y la entereza del hombre que en aquella época regia los destinos del interesante país. La Ciudadela es en sí un monumento a la memoria de Henri Christophe, quien habiendo nacido en la isla San Cristóbal, del grupo de las Granadinas Británicas, en el Caribe, fue tomado como esclavo por un oficial de la armada francesa.

En el curso de sus bien atareados 53 años de existencia, Henri Christophe luchó con gran diversidad de armas e ingenio. Primero, para lograr su libertad, casándose con la propia hija de su amo y señor. Después, para intentar una modesta forma de subsistencia, trabajando como camarero de un restaurante y ya en el comienzo de la madurez, internándose en los intrincados caminos de la vida pública, como conspirador, orador, político, dirigente y, finalmente, amo y señor.

El aspecto más oficial de Henri Christophe como hombre al servicio de los gobiernos de su patria o, más tarde, de su propio imperio, lo sitúa como general del ejército, "presidente de la región del Norte y rey, que murió de un escénico pistoletazo a la vista de familiares y amigos, al advertir que iba siendo progresiva la apoplejía que sufría y que su ejército comenzaba a desmoronarse".

Ese fue el final del autoproclamado Henri Christophe I, Rey de Haití.

Sin embargo, la historia no puede ser remisa en admitir a La Ciudadela como una de las obras cumbres de este hombre, discutido por los autores unas veces, como patriota emancipador y otras como tirano y dictador.

El solo espesor de las murallas, la altura y dimensiones generales de La Ciudadela reproducen las luchas de 300.000 almas semi esclavizadas, vertiendo sudor y sangre a diestra y siniestra, recorriendo cuesta arriba los tortuosos caminos primitivos y empujando pesadas piedras y enormes piezas de artillería.

Estimulados por el constante chasquido de los látigos de los tenientes de Henri I y por el verter de sangre derramada en aras de la libertad imposible, haitianos de todas las edades levantaron este baluarte que fuera último refugio de un régimen.

Este monumento al empecinamiento de un hombre comenzó a ser construido en 1811 y fue terminado dos años después al precio de 30.000 vidas.

Traída la historia a la era contemporánea, Haití — floreciente y en una permanente carrera por el progreso y desarrollo — forma parte de esa confraternidad de 82 países que están unidos por las rutas de Clippers de la Pan American.

La Ciudadela, que es uno de los objetivos obligados de los visitantes, permite apreciar sus murallas de 240 metros que adentrándose en el abismo de Grand Boucan, sobresalen 46 metros sobre el nivel de la montaña que le sirve de base.

En una superficie que tiene 166 metros de longitud, fueron construidos recintos que eran usados como polvorín, cuarteles para tropas, salones para oficiales y hasta un complicado apartamiento con unos 40 cuartos para uso del Rey Henri I y su séquito.

Esta fortaleza, que fue trazada para alojar a unos 2.000 defensores, podría o no ser inexpugnable, pero tuvo pocas oportunidades de demostrarlo.

Y así tal parece que desde la primera piedra hasta el último esfuerzo todo fue concentrado a perpetuar más bien la memoria de este hombre de vida inquieta.

La historia es generosa con Henri Christophe. Unas veces se le sitúa como esclavo al servicio de un oficial francés y otras como político activo o militar respaldado con fuerzas y energía al héroe nacional

Dessalines.

La historia también le señala excéntrico, como a gran número de los hombres de su estatura universal.

Por entonces, llamándose Henri I, Rey de Haití, se le ve en festines de protocolo, amenizando y atendiendo a dignatarios que le visitan y de paso, demostrando la fuerza de su voz y la crueldad de su autoridad,

al ordenar a una compañía de su guardia personal a marchar en dirección al abismo hasta perecer.

Paralelamente con esas demostraciones de poder y de grandeza inútiles, la historia, que es testigo de los tiempos, señala al Rey de Haití como trabajador y constructivo. Aparece levantando el estado económico de su país, reforzando las arcas del

tesoro público, estableciendo y creando nuevas fuentes de riquezas hasta tornar a su indiferente y arruinado suelo, en una próspera nación. Y dejando, por último, en piedra maciza grandes edificaciones como su célebre palacio Sans Souci — paradójicamente repleto de preocupaciones — catedrales y la misma Ciudadela.

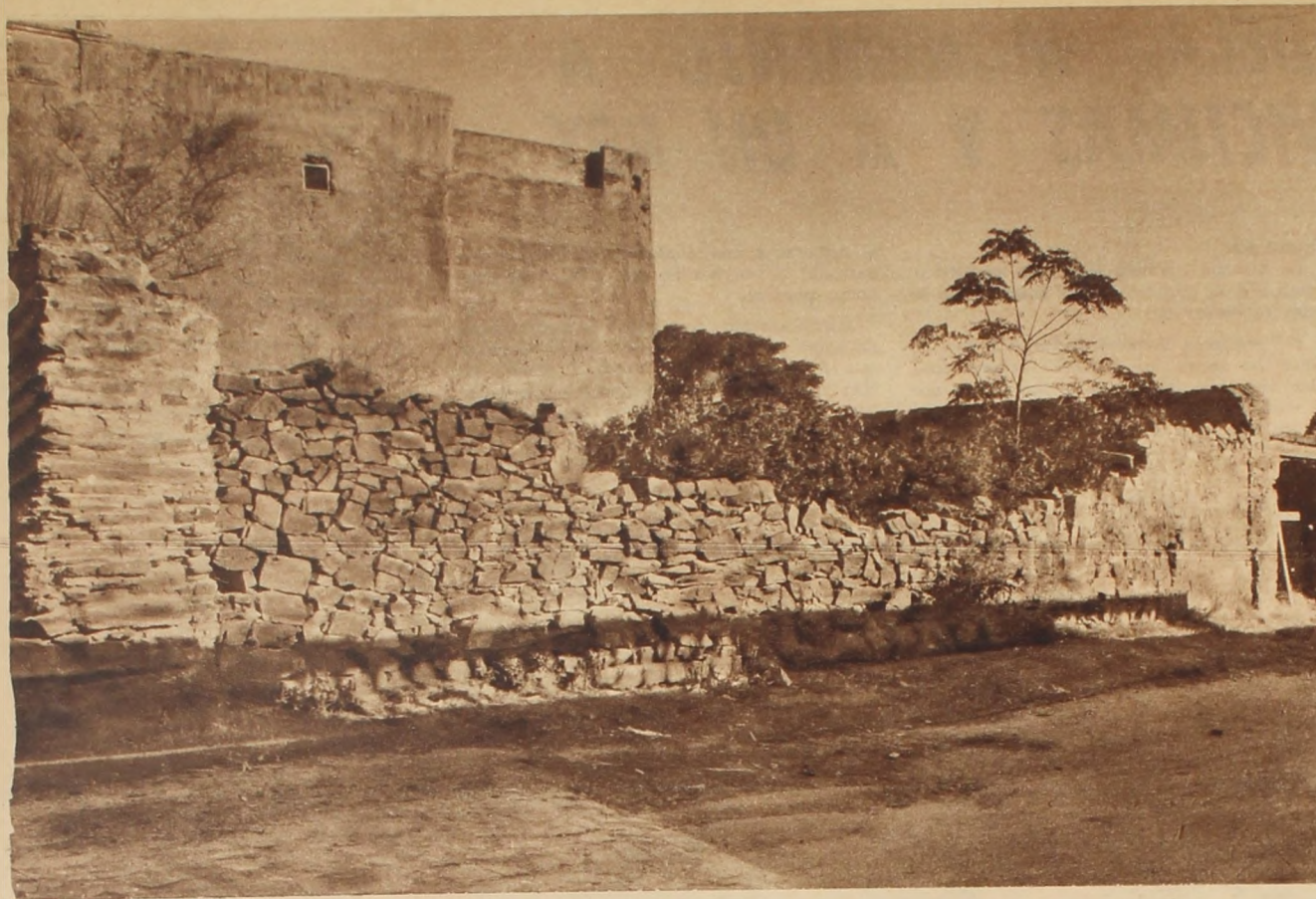
Pero mucho más elocuente que su teatral despedida de este mundo, en la que para dejar definitivamente precisada su personalidad, toma un baño y se cambia de ropas en presencia de familiares y amigos antes de suicidarse de un balazo directo al corazón, es este amenazante epitafio que rasga su humilde tumba:

¡Aquí yace Henri Christophe I Rey de Haití. Volveré de mis propias cenizas!

(Exclusivo para EL DIA)



La Ciudadela, obra cumbre de Henri Christophe, fue construida cerca de Cabo Haitiano desde 1811 a 1813, al precio de 30.000 vidas. Es hoy día una de las grandes atracciones de los que visitan la interesante República de Haití. (Foto Pan American).



De la Colonia de ayer: estas piedras documentan el pasado.

ESTAMOS una vez más en Colonia, la de las piedras viejas, la ciudad que tuvo muralla y fortaleza, convento y faro, quedándole éste en pie, como un símbolo. Solo esto: la luz antigua. Siempre nos hemos sentido bien aquí; Colonia siempre nos ha re-

galado algo; recuerdo, olvido, paz, amigos, reencuentro de uno mismo.

Nos da, ahora, el Hogar Estudiantil, iniciativa feliz del profesor Juan Luis Perrou Director del Liceo.

No hay más que doce cuadras entre am-

COLONIA: EL HOGAR ESTUDIANTIL

preparan un sabroso asado criollo. Adentro, cuatro jovencitas sonrientes estudian conversando —¿o conversan mientras estudian?— Un dormilón tardío, ante la visita intempestiva suelta un gruñido y sigue durmiendo de cara a la pared, ajeno a los intrusos.

Y vamos viendo, cuarto por cuarto, el mismo orden, el aseo, la pulcritud. Mobiliario sencillo, y todo en su sitio. Ellos lo han hecho todo. Podar, arar, plantar la huerta, pintar, aserrar, construir. Jardineros, pintores, albañiles, carpinteros improvisados, todo ha salido bien, porque se ha hecho con amor y con desinterés. Con ese brio de juventud que sabe mejorar las cosas y vencer las dificultades.

Porque el presupuesto es magro, y ancha la voluntad. Y los esposos Perrou y sus veintitrés muchachos, forman una sola familia, dispuesta a cooperar con alegría, para llevar adelante una empresa en la que está comprometido el bienestar de cada uno. Estudiantes de distintos Preparatorios, oriundos de apartadas zonas del Departamento, han visto solucionado por igual el problema económico y el afectivo. No es una pensión o un hotel, sino la casa de todos. Así lo entienden. Aquí hay libertad y a la vez hay vigilancia. Están juntos y pueden estar solos. Director y alumnos contribuyen por igual, con una misma cuota módica que saben que es indispensable pagar mensualmente, porque de lo contrario... no habrá comida. Un gran libro de Gastos ¿por qué serán siempre, inexorables, de tapas negras? —registra solemnemente las entradas y salidas, llevado con seriedad, y algunas sonrisas, y controlado por una grave comisión de juveniles financistas. Es simpático el mo-

Nº 34

OBRAS MAESTRAS

EL MOLINO

LA PAZ EXTRA

CLAVIER & C^{IA}

RUYSDAEL

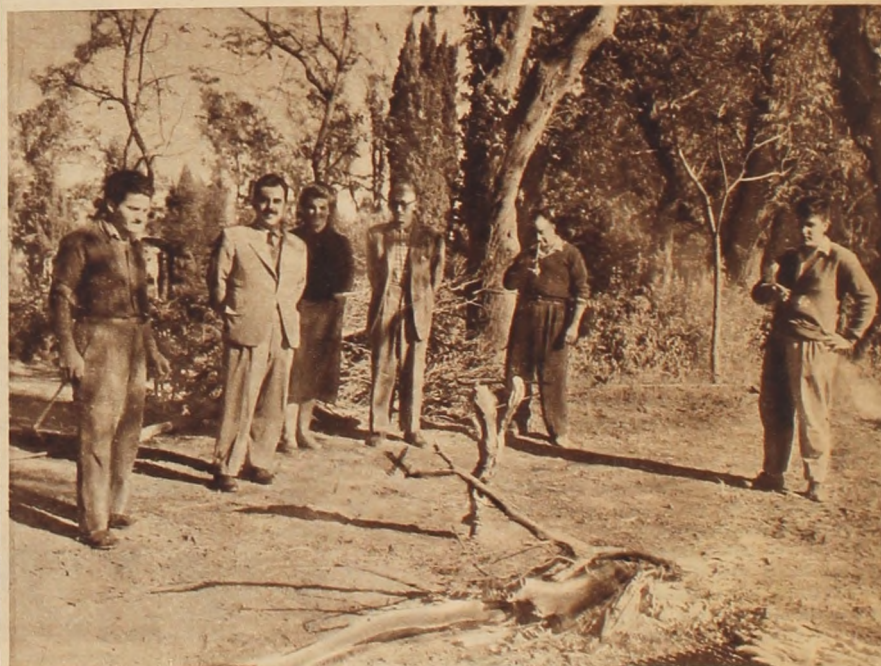
bos, y sin embargo la independencia es tal que crea la ilusión del aislamiento. Al entrar en la finca, una avenida de altos árboles se abre en serenidades y conduce hasta la casona acogedora; el prólogo vegetal prepara bien el ánimo para conocer la obra.

La casa de techo rojo extiende al sol sus dos brazos, y la luz reverbera en las paredes blancas. Verdes de varios tonos la rodean. Rojos, blancos, verdes, bajo el cielo muy azul, componen un cromó de colores elementales y sin artificio. Vamos bien. Nos ha salido al encuentro, luminosa como la casa la sonrisa, la señora de Perrou. Y descubriremos que ella tiene mucho que ver en todo esto.

Comenzamos el recorrido por las habitaciones. Como es domingo, la mayoría de los pensionistas se halla fuera. En el parque, unos estudiantes —mate en mano—

do de enfrentar la responsabilidad común y de compartir entusiasmos y tareas. No desdénan ninguna. Varones y mujeres se reparten las ocupaciones domésticas, tienden la larga mesa de veinticinco cubiertos, limpian la vajilla; clan grande y unido que acomete con buen talante las obligaciones hogareñas.

Esto comenzó en abril de 1956. Naturalmente, no faltaron los malos pronósticos indispensables, los infaltables pesimismoes que el afán de realizar suscita, el escepticismo corriente ante la quijotada. Porque quijotada fue. Y si hoy vemos todo próspero y reluciente a fuerza de dedicación y cuidados y asoma en todo el empeño diligente de los moradores, no es difícil adivinar lo que hay detrás, de devoción, trabajo, fe y sacrificio. Cosa que no pareció costar mucho a los esposos Perrou ni a los estudiantes que, lejos de sus propias casas, hallaron compensación



El Director del Liceo de Colonia (x); su esposa, el profesor Eyherabide y estudiantes, observan el proceso del asado al aire libre.



El Hogar Estudiantil brinda su sencillez hospitalaria.

a su alejamiento en el ademán protector de este matrimonio generoso. Con la lógica tranquilidad de los padres respectivos. Y mientras el profesor Eyherabide se empeña en mostrarnos unas alamedas gloriosas—previo pasaje frente a una fuente que, ante los esfuerzos del Director en hacerla cumplir su misión de surtidor, se venga echándonos el agua encima—, la linda Blanca Bonjour de Perrou no cesa hasta presentarnos orgullosamente sus noventa gallinas. La casa provee a sus habitantes, de huevos, frutas, verduras y leche. Tenemos dos vacas, una propia que nos regalaron, y otra prestada, nos confía

Perrou. También un burrito presta ayuda

Y así transcurre la existencia, laboriosa, sana, fraterna, entre libros y árboles. Una sala grande se ha destinado para lugar de reunión, entretenimiento, estudio. En estos momentos, dirigido por el profesor Eyherabide, las alumnas ensayan en ese versátil salón, "El enfermo imaginario" de Molière. Una atmósfera estimulante se desprende de todos los rincones. Hay que ver esto cuando están todos: es una colmena, comenta con ternura la señora de Perrou. Y evoca: —El año pasado tuve con gripe seis al mismo tiempo... Su maternal apoyo es en buena

parte el nudo de la obra. Tan sólo sobre un eje afectivo puede edificarse solidamente, cuando las condiciones materiales son precarias. El corazón hace el milagro y es el mejor arquitecto universal.

En el otro extremo de la ciudad, todo habla del pasado. Aquí todo es mañana. Allí nada más que recuerdos; aquí, la plenitud de la esperanza. Entre lo que ya es historia y lo que todavía es porvenir, se alza el enigma del presente. Y un puñado de muchachos nuestros procura resolverlo en forma positiva, desprendiéndose de esta mañana modesta, una lección útil y valedera, de con-

clusiones aplicables a situaciones futuras. Quienes ya llevan sabida desde temprano la tarea de limpiar la senda de malezas, desbrozarán cualquier camino.

Eso están aprendiendo en este Hogar Estudiantil, donde todo tiene el sosiego de las cosas limpias. De la vida limpia.

Dora Isella RUSSELL.

Colonia, mayo 1958.

(Especial para EL DIA).

Fotos de la autora.



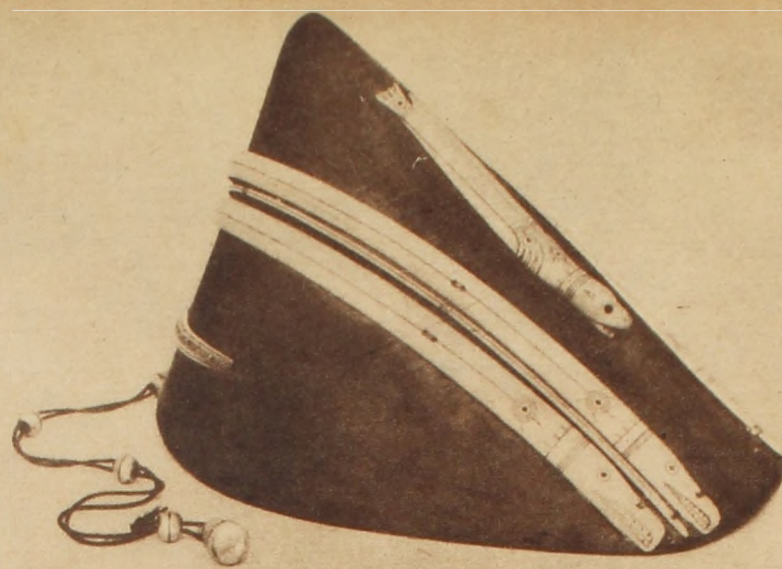
Hacia los fondos de la propiedad, el Río de la Plata ofrece una franja de azules cambiantes.



Los árboles que rodean la residencia estudiantil, hacen más linda la mañana.



LUCHADORES. — Escultura en marfil (Museum of the American Indian, Nueva York).



Sombrero de madera con ornamentación ictiomorfa. (Museum of American Indian) Nueva York.

OPORTUNIDAD DE UNA EXPOSICIÓN

SE acaba de inaugurar en Montevideo una muestra de arte esquimal. El hecho, considerado con espíritu provinciano, parece inusitado y baladí, pero si se le juzga con espíritu etnológico, esto es, universalista y humanista, resulta normal y reconfortante.

Nuestra ciudad es cosmopolita y por lo tanto no ha de permanecer ajena al latido de la cultura de los pueblos del mundo. Cosmopolitismo no debe significar ruptura intelectual con las tradiciones locales, sino afirmación afectiva de las mismas a través del conocimiento de otras tradiciones. Ser uruguayo, a su vez, no es ensimismarse contemplando los valores terrigenos sino comprenderlos y ubicarlos en la escala de las civilizaciones de la común patria planetaria. Nuestra condición humana de rioplatenses sólo resplandecerá cuando nos emancipemos con autenticidad filosófica, tanto de las miopías aldeanas que rechazan lo que se ignora como de los prejuicios libresco que proclaman la perpetua excelencia de lo extranjero.

Esta actual oportunidad de establecer un contacto directo y por lo tanto dramático y plenario, con el arte de un pueblo prealfabeto (contemporáneo primitivo, diría Mun'lock) no debe ser desperdiciada. Podremos comparar así nuestro arte actual, espejo inevitable y cifrado del mundo en que vivimos, con el de un pueblo extraño que habita en la zona boreal de América y

que refleja, también, las concepciones del mundo y de la vida de sus integrantes.

IMAGEN DEL HOMBRE

Antes de entrar en el círculo mágico del arte esquimal, digamos algo acerca de sus creadores.

Habitan los esquimales una zona que ocupa casi 9.000 kilómetros, extendida entre Groenlandia, la costa ártica canadiense y una pequeña parte de Siberia y su número no alcanza a 40.000 personas.

El nombre que se dan a sí mismos los esquimales es *inuit* (in k en singular) y significa habitantes —ine es lugar—, personas, hombres en fin. Rinden así tributo al ingenuo etnocentrismo de los pueblos ágrafos que se creen, por el aislamiento en que viven, los únicos hombres verdaderos: *khoi-khoi* se dicen los hotentotes y los antiguos chichas se denominaban *muiskas* para significar idéntica cosa.

Los viajeros de Occidente que por vez primera vieron a los esquimales fueron los normandos llegados al Labrador en el primer decenio del año 1000. Así lo consigna la Saga de Erik el Rojo que los llama *skraelfingos*. Durante el Renacimiento reciben otro nombre, esta vez teñido de reminiscencias homéricas y no de tufo de cocinas vikingas. En efecto, el arzobispo

Olaus Magnus, en un intento mitológico-etnográfico de describirlos, los denomina *piñmeos*. Finalmente en el año 1611 el jesuita Biard redacta un informe sobre la "Nueva Francia" donde se habla por vez primera de los esquimales. Esta voz, naturalmente, no es francesa sino americana. Los indios *Wabani* llamaban a sus pequeños vecinos del Norte, *esquimantsik* ("comedores de carne cruda") y los Crees actuales les dicen, para significar lo mismo, *esquimawok*.

Los esquimales son de corta estatura; los más bajos (1,53) habitan en el Oeste y los más altos (1,64) en el Este. Tienen el cuerpo achaparrado, las piernas cortas, las manos y los pies pequeños, la piel moreno-amarillenta. El rostro, contemplado de frente, posee una ruda forma pentagonal y es grande, alargado, huesudo, con pronunciadas "carretillas" y pómulos enormes. La cabeza, carenada en su parte superior, está recorrida por una quilla o cresta sagital que la eleva (hipsicefalia) de modo típico. La cabeza es generalmente alargada (dolicocefalia); la nariz, larga y estrecha; el pelo, negro, lacio y duro. Los ojillos son osuros y en la mayoría de las veces presentan el pliegue epicántico, comúnmente llamado mongólico.

Las denominaciones raciales propuestas para este tipo humano son diversas: Homo

sapiens groenlandus (Fabricius, 1780); *Hesperanthropus Columbi esquimensis* (Sergi, 1900), *Homo sapiens nearticus* (G. ufrida-Ruggieri, 1913); *Esquimoides* (Hooton, 1931); *Esquimidos* (von Eickstedt, 1934); *Subártidos* (Biasutti, 1912 e Imbelloni, 1938), etc. Hoy se generaliza el término *Esquimidos* propuesto por el citado von Eickstedt en su monumental *Rassenkunde und Rassen-gesichte der Menschheit*, 1934, que entre otras autoridades aceptan Biasutti e Imbelloni en la última edición de *Rasse e popoli della terra*, 1953-1957, Tomos I y IV.

¿Cuál es el origen de los esquimales?

Paul Rivet afirmaba en uno de sus estudios que la humanidad del paleolítico superior europeo, los pueblos uralianos y los esquimales son descendientes de una sola rama, cuyo epicentro se halla en el Asia central. Pero las tres grandes teorías sobre la cuna de los esquimales son, en apretada síntesis, las siguientes.

El complejo cultural del reno, la semejanza de la industria ósea magdelaniense con la esquimal y ciertas aparentes similitudes esqueléticas entre el hombre de Chancelade y los actuales esquimidos llevó a W. J. Sollas (*Ancien hunters and their modern representatives*, 1911) a considerarlos como los últimos representantes de los cazadores europeos de la Edad Glacial

que ascendieron al Norte tras los hielos y fauna rengífera en retirada.

Una segunda teoría sustentada por Franz Boas (*The History of American Race*, 1912) y aceptada con leves variantes por Kaj Birket-Smith (*Eskimoerne*, 1927) afirma que los Protoesquimales eran indios norteamericanos que en el correr de nuestra era se trasladaron a la costa ártica, desarrollando en las aguas marinas heladas los métodos de pesca invernal practicados en los ríos interiores.

La tercera teoría, sostenida entre otros por H. B. Collins (*Outline of Eskimo prehistory*, 1940) y D. Jenness (*The problem of the Eskimo, Am. Abor.*, 1933) aboga por la gran antigüedad de la cultura esquimal (alrededor de 2.500 años), hecho que nos lleva al Mesolítico y Neolítico de Siberia, cuna casi segura de este pueblo.

ESQUEMA DE LA CULTURA

En el tomo III de su *A study of History*, 1935, Toynbee califica a la cultura esquimal dentro de las "civilizaciones detenidas" conjuntamente con la de los nómadas ecuestres del Asia central, los polinesios, los turcos osmanlíes y los espartanos.

El *tour de force* del esquimal se cumplió con el enfrentamiento al medio ártico. En la gigantesca pulseada entre el hombre y la



Cucharón de marfil con grabados de cacerías. (Museum American Indian). Nueva York.



Shaman esquimal autotipnotizándose al son del tambor, escultura en marfil. (Museum of the American Indian). Nueva York.

naturaleza polar se llegó a un punto muerto, a una inmovilidad fosilizadora. La comunidad humana se adaptó a la vida durísima de los hielos; la dieta se hizo totalmente carnívora; el vestido, la vivienda, los medios de transporte y el instrumental se plegaron a las exigencias del contorno con flexible mimetismo, con artera adaptación biológica. Pero no se pudo avanzar culturalmente más porque la naturaleza era más potente que la estrategia del hombre ni tampoco se pudo retroceder porque eso significaba la extinción de la especie. Ser esquimal o no ser era el dilema y el dilema se cumplió a costa de la petrificación de la cultura y el escamoteo de la historia.

La cultura esquimal, económicamente considerada, se divide en tres fases: altoártica, ártica costera y subártica (Birket-Smith).

La altoártica corresponde a los esquimales del polo, habitantes del Norte de Groenlandia, que cuando se les descubrió en 1818 sólo vivían de la caza sobre el hielo. Estos cazadores no tenían ritmos estacionales; no utilizaban el kayak ni el umiak para la pesca veraniega, inexistente por otra parte, y no practicaban la caza del reno. Sus presas habituales eran solamente las focas, los osos y las alcas cangrejeiras que iban a desovar en las rocas. En la actualidad el kayak se ha vuelto a difundir y se arman trampas para zorros y liebres de las nieves.

La ártica costera es la cultura esquimal por excelencia. En invierno se caza sobre el hielo y se utiliza el trineo; en verano se pescan la foca y la ballena desde el kayak (bote de cuero para un solo tripulante masculino) y el umiak (bote colectivo para mujeres); durante el otoño se persigue a los renos caribús.

M. Mauss y H. Beuchat en su renombrado *Essai sur les variations saisonnières des Esquimaux* (Année Sociologique 1904-1905) comprobaron que la vida comunitaria resplandecía en todos los sentidos durante el invierno, época de actividad religiosa y solidaridad social, mientras que durante el verano y el otoño las familias dispersas no atendían sus deberes religiosos y tribales por ir tras las manadas de renos.

La cultura subártica, finalmente, es aberrante en el sentido opuesto de la altoártica. Los inviernos poco rigurosos permiten la caza de mamíferos marinos en las aguas libres de hielos durante todo el año, en detrimento del uso del trineo. Esta modalidad se localiza en el extremo meridional de Groenlandia, donde un Océano siempre agitado y relativamente templado, impide la formación de bancos de hielo.

Pero, no obstante estas modalidades, la cultura esquimal es una sola y en ella coinciden la raza y la etnia. Osvaldo V. Menghin, en un atisbo genial (*Weltgeschichte der Steinzeit*, 1931) la ubica en la base de las culturas de la industria del hueso cuya correspondencia con las prehistóricas, en parte vislumbrada por Sollas (Op. cit.), se articula así: cultura esquimal (Paleolítico antiguo y medio); cultura pastoril antigua (Paleolítico reciente); cultura de los pastores de caballos (Neolítico antiguo); cultura pastoril-guerrera (Neolítico reciente e historia antigua).

SIGNIFICADO DEL ARTE

La mención de las culturas basadas en la industria del hueso nos coloca definitivamente en el tema del arte esquimal, que ha sido demorado para presentar antes al medio físico y a la etnia condicionantes.

El arte es una de las más incisivas objetivaciones de la cultura, quizá la más sintética y expresiva de las cosmovisiones del hombre. En el arte esquimal, sobrio y funcionalista, está reflejada el alma de un pueblo sufrido y sufriente. Dicho arte surge de las servicias del medio físico y triunfa sobre él. Libera y redime a su creador de las limitaciones polares al tiempo que define su personalidad básica.

Los trabajos que realizan los esquimales al tallar y dibujar los colmillos de marfil de morsa o narval son de primera agua. Las esculturas y sobre todo los grabados, finos, diminutos, de abigarrado detallismo, de delicado trazo, hacen que el arte en hueso sea el mejor exponente de la sensibilidad de este pueblo.

La ornamentación animalística abigarra los más nimios objetos de la utilería cotidiana y tal ornamentación sin duda responde al mismo principio mágico que inducía a los cazadores magdalenenses a



Máscara de madera (American Museum of Natural History, Nueva York.)

pintar renos y bisontes en las paredes de las grutas.

Los mal llamados "bastones de mando" magdalenenses (eran enderezadores de puntas de flecha) tienen perfectas réplicas entre los esquimales y esto, sumado a otras homologías, llevó a Frederica de Laguna a investigar el posible parentesco de ambas industrias (*A comparison of Eskimo and paleolithic art*, Am. Journ. Archeol., 1932-1933), pero sus conclusiones son adversas al difusionismo cultural al tiempo que insisten en el paralelismo provocado por un *habitat* idéntico y una fauna similar.

Los trabajos en jadeíta verde son muy meritorios también, aunque no alcanzan la

perfección de los realizados en hueso.

Las grotescas máscaras de madera pintada, semejantes a las caras de enharinados payasos con rojas manchas en las mejillas, poseen vigorosa originalidad y son las mejores muestras de la talla en ese material. Unas máscaras, las burlescas, tienen indudable sentido del humor y, otras, las mágicas, traslucen el pathos de la admiración, la reverencia y el miedo ante el poder de los dioses del mar y del hielo.

Otra especialidad del arte decorativo esquimal se refleja en los hermosos y abrigados trajes, confeccionados en pieles de diversos tonos, que combinan con maestría y bordan "con el plateado pelo de la barba de los renos viejos".

La lucha contra el hambre y contra el frío, el doble tema que obsesiona el ciclo vital y cultural de los hiperbóreos, no ha doblegado su capacidad humana para superponer lo bello a lo utilitario. El esquimal, poeta instintivo y artista irónico, vence a la muerte polar con un ademán estético, con un manifiesto de espiritualidad heroica. Testimonios de ese arte y de esa sublimación del sufrimiento se hallan hoy entre nosotros. Hagamos un remanso en el río de la diaria prisa y acudamos a contemplarlos. No será por cierto una visita vana.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Dos focas y un narval tallados en marfil. (Museum of the American Indian, Nueva York.)

EN el ejemplar correspondiente al año 1957 de la colección CRISOLIN, de la Editorial Aguilar de Madrid, hemos podido releer "Andanzas y Visiones Españolas", de Miguel de Unamuno. Su relectura nos ha impuesto — la imposición es una de las constantes de Don Miguel — traer a actualidad la obra paisajista del autor de "Vida de Don Quijote y Sancho", que nos inició en el navegar por la letra y el espíritu

ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS

de nuestra patria. Leímos "Andanzas" por primera vez en nuestra mocedad y en ellas aprendimos a comprender a España y a sentirla a través de hombres y tierra. La

última relectura reafirma la comprensión y el sentimiento sobre lo que España es y puede ser.

Los temas de estas andanzas y visiones

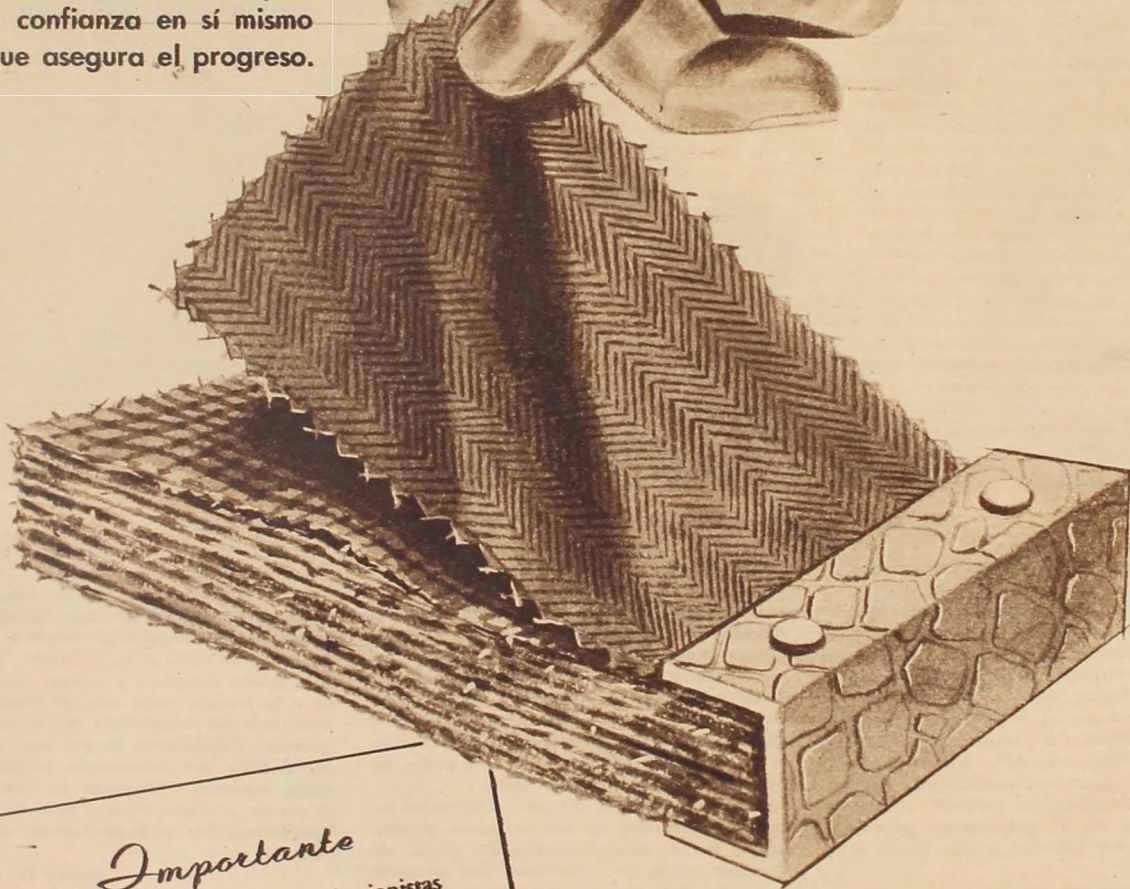
los planteó por primera vez Don Miguel en la segunda década del siglo, desde 1911 a 1921. El fue de los más entusiastas en la práctica excursionista que desde el Instituto Libre de Enseñanza recomendaba Don Francisco Giner de los Ríos. Los intelectuales debían tomar posesión de la realidad española; ciudades, pueblos, aldeas, tierra, sierras y mar. Una posesión de contactos humanos, no de pasajero que pasa, sino de hombre que permanece. Aún no había aparecido ese ser híbrido del viaje que se llama turista o no había alcanzado la categoría internacional de hoy. Desde su incorporación a la Universidad de Salamanca, Unamuno, vasco de nacimiento, se hace una de las más recias voluntades españolas a través del paisaje castellano. Las vacaciones docentes las empleaba caminando por los llanos, las ciudades y las cumbres del reino de León y de las Castillas: cumbres de Gredos, Peña de Francia, el Maladeta aragonés. Ciudades provincianas que son como el cogollo de la historia de España:

Santa ovetensis, pulchra leonina, divos toletana, fortis salmantina;

Seguro de sí mismo

Sí, ¿pero cómo serlo?

Una manera segura, rápida y económica es mediante el uso de un traje que resalte su personalidad. Un traje confeccionado con el insuperable Casimir ILDU, de rendimiento extraordinario y fabricado con lanas seleccionadas uruguayas, le brindará esa amplia confianza en sí mismo que asegura el progreso.



Importante

Todos los buenos sastres y confeccionistas del país, tienen un extenso surtido de Casimires ILDU. En esa amplia variedad le será fácil encontrar uno a su gusto.

CASIMIRES
ILDU

de clase internacional



Don Miguel de Unamuno, busto de Victorio Macho.

Que Unamuno traduce: "Santa la de Oviedo, por sus muchas reliquias; bella la de León, rica la de Toledo, fuerte la de Salamanca", pero también Avila la Teresiana, Palencia, Segovia, Zamora, Soria, Santiago la Apostólica, y luego las del renacer modernista: Barcelona, Mallorca, Bilbao y otras. Un itinerario espiritual que ya había marcado en un libro anterior, "Por Tierras de Portugal y España", dando a conocer una España olvidada por desconocida, que afirmaba voluntad renovadora contra las tradicionales oligarquías. Pero precisamente fue Unamuno de los primeros en demostrar dónde estaba la verdadera tradición española. Véase lo que dice refiriéndose a Salamanca:

"Porque eso de que esta sea una ciudad levítica y conventual es una de las más infundadas y ridículas leyendas. No hay nada de eso. A fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando se educó aquí el general Belgrano, era esta Universidad un foco de enciclopedistas y afrancesados. Aquí profesaba entonces un don Toribio Núñez, asiduo correspondiente de Bentham, que en algunas de sus cartas deseaba a Oxford la libertad de espíritu que aquí entonces reinaba."

Señalarlo también cómo Salamanca se ha mantenido siempre republicana. Y transcribiendo aquellas palabras que le escribió el poeta portugués Guerra Junqueiro:

"Feliz usted que vive en una ciudad por muchas de cuyas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño."

Se ha señalado alguna vez que Unamuno escribió sus novelas con personajes de carne y hueso, sin savia de paisaje, salvo la primera, "Paz en la Guerra". Pero el paisaje le fluía en estas crónicas de andanzas. Es en ellas que vuelca toda su alma lírica, y la tierra se le convierte en verbo evangélico y mensaje para la comunidad de los españoles, un mensaje de siglos: "No, no,

nada de vivir al día; hay que vivir a los siglos", dice en la crónica que dedica a la ciudad portuguesa de Coimbra.

Una andanza interesante de que nos habla Don Miguel en este volumen, es la que dedicó a la región extremeña de Las Hurdes. Las Hurdes sirvieron de tema propagandístico entre las dos Españas. Unas condiciones físico-geográficas de salubridad determinantes del cretinismo fisiológico, lo que conllevaba, naturalmente, un cretinismo espiritual. ¿Podría permitirse tal estado de cosas? Se imponía despoblar la comarca, trasladar sus moradores a otras zonas salubres, pero se tropezaba precisamente con la oposición de esos mismos pobladores, que deseaban continuar viviendo en su tierra natal, como, si dijéramos, una voluntad de cretinismo más fuerte que toda voluntad de progreso o de supervivencia. ¿Pero no había así como una voluntad de heroísmo a la vez, queriendo hacer de aquella tierra un escenario cuyos personajes representativos eran la miseria y la muerte? Pero todo tiene su paradoja, máxime cuando es Don Miguel quien la plantea.

No era cuestión de progreso, ese progreso que va con carreteras y libros, sino de vida pura. El cretinismo de aquellos hurdetanos obedecía, parece,

"a pureza casi pluscuamperfecta de las aguas, a que las beben purísimas, casi destiladas, recién salidas de la nevera, sin sales, sin yodo sobre todo, que es el elemento que, por el tiroideo, regula el crecimiento del cuerpo y la depuración del cerebro.

"Y esta explicación, que parece satisfactoria, me despierta una analogía. Y es que también los que no beben sino ideas puras, destiladas, matemáticas, sin sales y yodo de la tierra impura, acaban por padecer bocio y cretinismo espirituales. El alma que vive de categorías se queda enana."

La deducción unamunesca ha logrado comprobación en nuestro tiempo. ¿Qué son franquismo, nazi-fascismo y comunismo, sino ideas puras, finalistas, enemigas de contacto con la realidad salvadora de las impurezas? Y han aparecido unos nuevos hurdetanos, los de las ideas ortodoxas, los destiladores de teorías puras, que están cretinizando al hombre de hoy para que no crezca espiritualmente. El cretinismo fisiológico tiene remedio. ¿Lo tendrá el cretinismo espiritual?

Otra andanza sugeridora es la titulada "Por Capitales de Provincia". La empieza así:

"A mí, que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza o el vientre, cada uno de estos viajes que hago por nuestras capitales de provincia me llena de cierto pesar no exento de hondas inquietudes."

Y de inmediato, la búsqueda de los nuevos intelectuales, para enterarse del *tedium vitae*, de las esperanzas fallidas, de ilusiones que nacen muertas, de propósitos que desfallecen antes de brotar, del medio asfixiante, y la desesperación como remate. Y una reflexión que viene al caso para la Enseñanza Secundaria uruguaya, cuando dice:

"En todas nuestras cuarenta y nueve capitales de provincia y en seis u ocho poblaciones más hay institutos de segunda enseñanza, lo que en Francia se llama liceos. Parecería lo natural que cuando en una de esas ciudades se despierta algún deseo de cultura fuesen los profesores de esos centros los que se pusiesen al frente del movimiento cultural. Pero no suele ser así. Es más fácil encontrar de principal agente de esos movimientos de curiosidad y despertar espiritual a cualquier intrépido varón extraño al profesorado. Eso cuando éste no labora, en todo o en parte, y bajo cuerda, contra semejantes despertamientos. Y es que es cosa terrible, lo sé muy bien, este oficio de la enseñanza, y no andaba tan lejos de la verdad Schopenhauer al decir que enseñando se olvida. Por lo menos he visto muchos que enseñando para ganarse el pan acaban de aborrecer aquello que enseñan y todo lo que a arte o ciencia huele."

¿No es esto una pedrada en el patio docente uruguayo? Y, naturalmente, donde no hay curiosidad a la ciencia y al arte entre los docentes, el adocenamiento se apodera del profesorado, y la chismografía proyectista, esto cuando no se apodera de ellos el aburrimiento, producto de un medio chato provinciano. Es decir: el profesionalismo jubilatorio. Esos profesores que van contando los años que les faltan para liberarse de la



Vista general de Salamanca.

obligación de asistir a clase, cuya obligatoriedad, no sabemos si les hará olvidar la materia, como dice Schopenhauer, pero lo que se ve claro es el odio a la enseñanza y lo que es peor, el odio a los educandos.

Y no es extraño que algunos o muchos caigan en lo que textualmente dice Unamuno:

"Y menos mal cuando el inadaptado y acaso inadaptable, no cae en cualquiera de esos desesperados remedios contra el aburrimiento. Por ejemplo, en el juego, ese feroz azote, no tanto del bienestar de las familias como de la inteligencia. Porque estoy convencido de que el juego estropea la inteligencia aún más que el alcohol. Prefiero tratar y conversar con un alcohólico a tratar y conversar con un jugador. Y este del juego es el terrible castigo de las capitales de provincia donde el espíritu dormita; es el abismo en que caen las sociedades a que no inquietan las eternas inquietudes de una conciencia de veras despierta."

¿No es esta otra pedrada al patio de la convivencia uruguaya?

Espíritu incisivo, mordaz, yoísta, tanto por su yo como por el yo de los demás, fue el más efectivo aunque contradictorio aguijón filosófico sobre la conciencia española hasta el día que murió como corrión

enjaulado, de rabia, en la jaula que le preparó el franquismo en su Salamanca. Mientras se mantuvo vasco fue tenaz y monocrorde, pero cuando desde Salamanca se saturó de hispanidad —mucho antes que los cainitas le arrebataran el nombre— se hizo múltiple y contradictorio como la propia realidad española. Pero fue español con estilo universal, como lo fueron cuantos vascos se entregaron al quehacer de España, desde El Cano dando universalidad a la geografía terrestre, hasta Francisco de Vitoria, dando universalidad al hombre con sus deberes y correspondientes derechos.

Por haber leído sus libros y los cuatro últimos tomos de colaboraciones periodísticas, creíamos conocer a Unamuno en su actividad cultural y temperamental. Pero sus libros están resultando su obra menor en relación con su correspondencia y colaboraciones periodísticas no difundidas. Últimamente hemos leído su correspondencia con el poeta Juan Maragall y se nos informa que aparecerá en la revista CUADERNOS, de París, su correspondencia con un profesor eslavo discutiendo sobre literatura rusa y española. También se nos informa que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se dispone a publicar un tomo de Unamuno titulado "De Literatura Hispanoamericana", conteniendo

"ciento seis artículos escritos a lo largo de casi medio siglo, desconocidos cuando no olvidados", insistiendo sobre temas literarios hispanoamericanos, a los que tan adicto era. Obra de un gran valor documental e interpretativo, si se tiene en cuenta que Unamuno escribía sus artículos, bajo el signo de la eternidad: "Cabe escribir periódicamente —decía— en periodista —analista o diarista, según el período—, para siempre, como dijo Tucídides que escribía su *Historia de la guerra del Peloponeso*. ¡Para siempre!"

¿No será posible en el Uruguay la edición de un volumen conteniendo la correspondencia de Unamuno con Rodó, Nin Frías, Zorrilla de San Martín, Vaz Ferreira y otros? Parece que los temas que en dicha correspondencia se planteaban, ya no interesan, por lo que la hasta hace poco ATENAS hispanoamericana, se está convirtiendo en APENAS hispanoamericana.

Y disculpe el lector si lo que empezó como preocupación por las andanzas españolas unamunescas, ha terminado como comentario uruguayo, aunque sea, creemos, la única manera de preocuparnos de lo que son España y el Uruguay.

F. FERRANDIZ ALBORZ
(Especial para EL DIA)



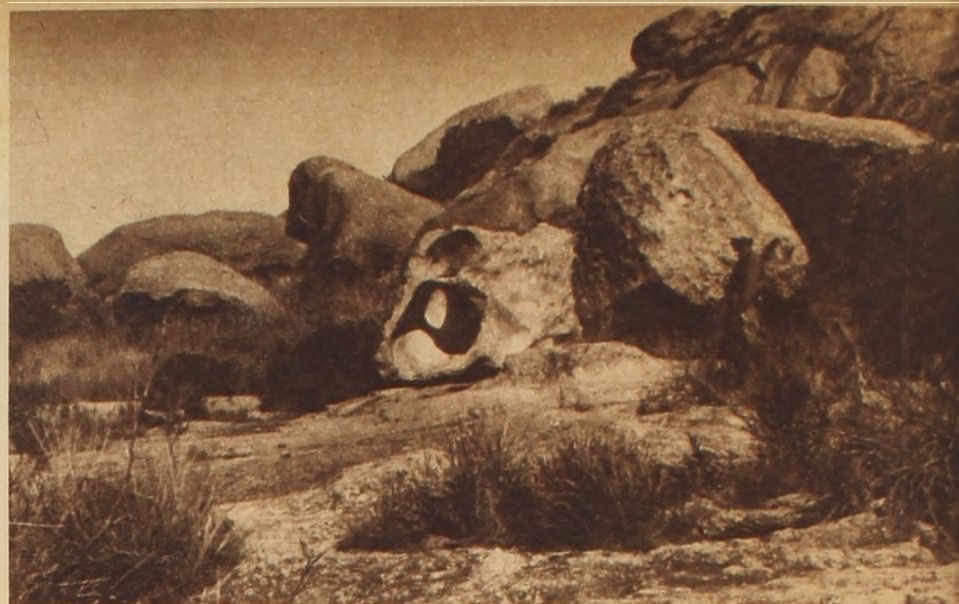
Plaza mayor de Salamanca.



Segovia, Acueducto romano.



Alvéolos creados por meteorización, comunicados entre sí.



Mar de bloques en las laderas del Intihuasi, presentando generalmente formas redondeadas y con notables alvéolos.

Un Mar de Piedra Cordobés:

EL CERRO DE INTIHUASI

EN compañía del ilustre hombre de ciencia Alfredo Castellanos, al que tanto debe nuestra geología del terciario y cuaternario del profesor M. Magnani, y la petrógrafa H. Gay, guía segura de la excursión, dejamos Río Cuarto y partimos hacia el histórico Cerro de Intihuasi, el que según se nos informa recuerda en mucho a los mares de piedra uruguayos, ostentando un sinnúmero de curiosos bloques rocosos ahuecados inferiormente, notables caparazones pétreos, hongos de piedra y otras formas extrañas, creadas por la meteorización; además se nos dice que en las oquedades, en las diaclasas muy amplias y al abrigo de las costras de piedra gigantesca moraron en alguna época, en forma temporaria, los indios comechingones, que dejaron allí curiosas pictografías. Y todavía se nos asegura que no sería de extrañar que entre las masas rocosas, pudiera cobijarse algún puma, ya que al parecer existen esos animales en tales lugares. Aunque esta información última no nos produjo ninguna alegría, el viaje hacia el Intihuasi fue emprendido en forma inevitable.

Antes de alcanzar el cerro, distante más de 40 kilómetros de Río Cuarto se cruza un trozo de la Pampa, con sus tierras de labor invadidas por quenopodiáceas y amarantáceas, especialmente por el terrible cardo corredor; con sus vastos cultivos de maíz, con sus campos de pastoreo, donde alternan las gramíneas forrajeras con flechillas punzantes, con sus médanos parcialmente fijados, con sus arroyos y ríos encajonados en el limo pampeano y terrenos que fueron lacustres, sin bosque marginal, pero en cambio con una llamativa franja de cor-

taderías o penachos. El espectáculo, por momentos monótono, no deja de ser majestuoso en gran parte del trayecto. Allí está el comienzo de la gran Trapalanda de la Sal de la historia, tierra habitada por los pampas, y que envolvía en un misterio que nunca se pudo develar la opulenta ciudad y el oro, que la "leyenda de los Césares" mantuvo latente por muchos años.

Pero nuestra meta es el Cerro de Intihuasi, que desde terrenos cada vez más ondulados, y cubiertos por flechillas y espinillos comienza a destacarse como una mole gris clara en el fondo algo oscuro verdoso, o azulado, de la Sierra de los Comechingones. Aparecen ya los primeros afloramientos de un gneiss migmatítico, con abundantes inclusiones y cortado con frecuencia por diques ácidos. La flechilla serrana (*Stipa filifolia*), las tunas (*Echinocactus*, *Echinopsis* y otros géneros), el tembetarí o coco de la región (*Fagara coco*), el molle cesposo o negro (*Gymnosporia spinosa*), el molle común, y el romerillo, demuestran que estamos penetrando dentro del mar de piedra; una delicada *Zinnia* de flores anaranjadas y rojas tapiza la escasa tierra acumulada junto al churqui y los algarrobos. Los líquenes, los musgos y los helechos, son numerosos. Hay allí una evidente mezcla de vegetación serrana con la llamada vegetación de "parque" o algarrobal como le llamamos nosotros.

Aunque por sus bloques redondeados y ahuecados, el Cerro de Intihuasi recuerda la Sierra Mahoma, del Uruguay, tiene un área más restringida, es relativamente alto, y está constituido por una roca algo distinta a la de nuestro mar de piedra. Vastas super-

al sentir
los efectos
de la

ACIDEZ

¿QUE HACER?

Nada mejor que dejar disolver en la boca TABLETAS DE LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS. ¡Qué cómodas y qué ricas!... Tienen un delicioso sabor a menta. Prácticas como antiácido y digestivo a la vez. Y es LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS concentrada.



TABLETAS PHILLIPS

AUT. C. N. DE MED.



Detalle de la parte inferior de una gran caparazón pétreo, similar a las que existen en nuestra Sierra Mahoma.



Vista de conjunto desde cierta distancia del Cerro de Intihuasi.



Grandiosa caparazón pétreo que debió servir de refugio a los comechingones.

ficies pétreas, verdaderos "pisos de piedra" tan característicos de nuestra Sierra de Malabrigo, y ondulados por los efectos de la erosión llevada a cabo sobre roca meteorizada, por las aguas, rodean la masa erguida del cerro; en ellas hay complicados cauces, lagunillas semipermanentes, salientes determinadas por pseudoxenolitos y diques, configurando en conjunto un ejemplo del conocido microrrelieve llamado pseudocárstico. En la masa principal del cerro se ven bloques rocosos ahuecados inferiormente o lateralmente (acción de la humedad en las zonas sombrías) apareciendo a veces notables alvéolos o "taffoni", en algunos casos comunicados entre sí. Varias gigantescas caparazones pétreas, como las que pueden verse en la Sierra Mahoma, aparecen en las cercanías de la mole principal; en algunas de ellas se hallan, en zonas algo ocultas, diversas pictografías de los indios comechingones, representando el sol, una gran variedad de signos, y los animales que fueron comunes en la región (ñandú, venado, guanaco, puma, etc.). En los "pisos de piedra" gneissicos hay algunos huecos de forma cilíndrica, abiertos por los indios con el objeto de utilizarlos para moler los granos.

Antonio Serrano se ocupó extensamente de los comechingones (o camechingones, expresión más acertada, según A. Montes) en una enojundiosa monografía. Tan extraño nombre se debe a los indios sanavirones, que los llamaron así por vivir en fosos, cuevas y abrigos rocosos (en estos últimos, en forma temporal). La región del Intihuasi debió ofrecerles abundante agua, mucha caza y buenos abrigos... y tal vez los indios, como ahora nosotros, perdían algún tiempo para deleitarse en la contemplación de aquel espectáculo maravilloso de serranías pedregosas y valles cubiertos de abundante vegetación.

Por otra parte la región donde se halla el Intihuasi, fue lugar de paso obligado para todas las expediciones que en los tiempos del descubrimiento y de la conquista, partiendo de Córdoba o de Tucumán, se lanzaban a buscar en la inmensa y misteriosa Trapalanda de la Sal, actual Pampa, los tesoros escondidos, que no sólo alimentaron la "leyenda de los Césares", sino que fortalecieron el espíritu de los aventureros entre los que se contaron hombres tan tenaces y emprendedores como Hernandarias.

Hoy el Cerro de Intihuasi, con su agreste aspecto, sus innumerables bloques corroídos por la obra del tiempo, su vegetación espinosa y agresiva, con las tierras pobres de sus alrededores, no ofrece provecho alguno para los que sólo piensan en la explotación de recursos naturales con fines lucrativos. Pero es en cambio una reliquia histórica y arqueológica de extraordinario valor; es un jardín de variedades y de adaptaciones, para el botánico; es un inigualable muestrario de formas para los que siguen con atención la evolución lenta pero constante de las rocas; es una escuela para el geólogo; y puede ser un motivo de admiración para los turistas que aman la naturaleza.

Las rocas del Intihuasi han sentido muchas veces la emoción de ser holladas por las plantas de eminentes investigadores, y el nombre del cerro se ha repetido o ha sido escrito en variadas oportunidades por historiadores, arqueólogos, geógrafos y viajeros. Por eso el Intihuasi levanta ufana su mole rocosa, en una zona regada por el viejo Cipión, que sale de la Sierra de Chavara, hoy de los Comechingones, a cuya espalda se desarrolla el histórico valle de Conlara.

Jorge CHEBATAROFF.

(Especial para EL DIA).
Fotografías del autor.



Curiosas patas pétreas sostienen a las ciclópeas moles rocosas, ahuecadas por la humedad en la sombra.



Algunas de las pictografías dejadas por los comechingones en las paredes rocosas.

UBICACION DE JOSE SABOGAL

HAY muchas maneras de encontrar un derrotero para la propia historia, para la intransferible hazaña humana, para la jornada que nos toca recorrer con un propósito cierto. Unos depositan su fe en las alturas de la religión o de la mística; otros, recurren a la investigación ardua, al trabajo exhaustivo, al propósito del análisis indagador. Filosofía o arte, ciencia o literatura, folklore o religión, van cautelando los pasos de cada quien. En esta dimensión del hacer, no siempre la intención respalda los resultados. Pero, hasta el más humilde posee una praxis propia, algo que los germanos — con más vuelo definidor — describen como una *Weltsschauung*. En el Perú, muchos caminos han buceado el porvenir del individuo, la promisoría aurora de las reivindicaciones, la esperada época de las grandes recompensas. Pero ese camino especulativo muy pocas veces ha calado en el substratum definitorio o en la raíz ancestral. Se ha querido trasladar soluciones de otros pueblos para implantarlos en nuestro medio. Frente a ello, el arte y la literatura autónomos, autóctonos, autárquicos, han reaccionado con un afán de liberaciones terrígenas. Así reaccionamos ante la Conquista hispana. La transculturación no soterró, no pudo hacerlo, el venero espiritual de nuestros pobladores. Y ante el impacto del idioma (sonoroso y ávido), el quechua refugiose en sus repliegues animicos y pudo sobrevivir — pese a persecu-

ciones, pese a edictos, pese a prohibiciones — hasta nuestros días. Ni el abuso, ni la impiedad, ni la indiferencia hicieron tambalear alguna vez los poderosos e indestructibles basamentos de la nacionalidad oprimida. Durante la Emancipación (más nominal que real) la influencia europea y francófila tampoco detuvo el cauce hondo y callado del alma peruana. Ya en Larri y Juan de Arona, en Pardo y Aliaga y en Carlos Augusto Salaverry aflora con perfiles inconfundibles la aspiración múltiple del pueblo que busca su definición. Los intentos posteriores por avasallarnos, entre ellos la fuerza cósmica de Rubén, pasaron de largo, sin conmover, por delante los estratos de la cultura nuestra en formación. Ante Darío, Chocano; ante Neruda, Vallejo. En buena cuenta, en lo literario, en lo poético, cumplíamos un ciclo que otros países, como México, realizaban en Pintura. Nuestra tradición plástica — manos incansables, pupilas captadoras, fantasía inagotable, cromática inesperada — no tuvo, empero, esa madurez. Aquí, producidos los escorzos de Leso, Merino y Montero, la pintura devino afición de artesanía, escuela de oficio, técnica de *atelier*, copia de dizque "maestros", vasallaje a la moda de países con más etapas cumplidas en su propio desarrollo artístico.

Terminada la Primera Guerra Mundial, producidas ya la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, los espíritus inquietos de



"Procesión", por José Sabogal.

Emporio de los Sandwiches

PRESUPUESTO Para 25 personas (Aprox.)

SANDWICHES DE LUNCH

12 Jamón	
12 Queso	
12 Lengua	
12 Pavita	
12 Atún	
12 Ensalada Rusa	
12 Olímpicos	
12 Choclos	
12 Mariscos	
12 Filet de Anchoas	
120	\$ 13.20

SANDWICHES VARIOS

25 Arrolladitos surtidos	\$ 4.00
50 De Copetín (Cuadraditos)	\$ 4.00
75	

SALADITOS SURTIDOS

6 Aceitunas rellenas	
6 Parmesanos	
6 Canadienses	
6 Bombitas de queso	
6 Roulé lengua con pavita	
6 Quesitos envueltos	
6 Rollitos de anchoas	
6 Canapés cinco pisos	
6 Canastitas con aceitunas negras	
6 Arrolladitos jamon con bizcochuelo	
60	\$ 8.40

PASTELITOS SURTIDOS

20 Anchoas	
20 Carne	
20 Verduras	
60	\$ 6.90

M A S A S

1½ Kg. Masas finas	\$ 12.00
Total	\$ 48.50

Av. Gral. RONDEAU, 1480

entre Av. URUGUAY y MERCEDES

Teléfonos: 8.35.93 — 9.10.92 — 9.61.00 — 9.62.22

Dirección Telegráfica: EMPORIO

MONTEVIDEO

América Morena canalizaron su acción por senderos emancipadores. Los universitarios de Córdoba, la Constitución de Querétaro, actuaron como polarizadores de una independencia cultural o económica que regulara los pasos conducentes a estructurar la forja de una nueva América. Fueron épocas de redescubrimiento; tal vez, del verdadero encuentro con el propio Destino. En esas veredas, el punto de mira afinaba sus esperanzas en la formación de una conciencia nacional. El descubrimiento de la realidad, el estudio de los propios problemas, planteaban a la nueva vida su imperio de esfuerzo y dedicación. Nosotros, en el Perú, ya habíamos tenido en la Sociedad de Amantes del País (1791) y en su "Mercurio Peruano", un jalón de avizoramiento y auscultación. El proceso republicano, bien que individualmente, iría demostrando ese impostergable levantamiento del mapa cultural. Todos perseguían esa gloria. Y así como en Uruguay, Acevedo Díaz y Javier de Viana sorprendían la tierra purpúrea, que dijo Hudson, así en el Perú no hubo sentidor verdadero que no tornara la vista al terruño inmediato. Se hizo de la provincia una aptitud de logros, una meta de ensueños. Se quería devolver al pueblo abandonado, al rincón pospuesto, a la región preferida, lo que la Capital tentaculamente absorbiera. Pero ese camino era difícilísimo de seguir en la Pintura. No había tradición de maduro oficio dentro los cánones occidentales, no se contaba con la fuerza inextinguible de los conductores de rumbos; todos, repito, cual más, cual menos, tenían que forjar su propia huella, señalarse sus propias fuentes de perfeccionamiento. Fue la gran etapa del autodidactismo: cumbre señera de ese período de balbuceos y de vislumbres geniales, José Carlos Mariátegui.

En esos años, en los que Vallejo había enunciado el vagido gigante del gigantesco mundo que alboreaba, tres flechas lanzadas por diferentes manos (tal un cuento árabe) dieron la clarinada de la pintura nacional: Jorge Vinaterra Reinoso, Mario Urteaga y José Sabogal. Ellos iniciaron el catastro de la luz, los personajes y el paisaje peruanos. No es este el momento de liquidar

resultados; importa lo que cada uno de ellos llevó al proceso primordial en nuestra historia de la cultura. Vinaterra Reinoso se encargaría de hacer clásico, entendido como calidad estética, el modo ambiental. Urteaga descansaría en la poética del color su mensaje tierno y sereno. Sabogal tuvo que aportar la bandera, la posición doctrinaria, el reto a la conciencia adormitada en los influjos foráneos y en la nostalgia helénica. No olvidemos que, por esos años, Ruskin había revitalizado el esteticismo. Se miraba desde el ángulo más aséptico este Perú abandonado, pobre, desarticulado. Se ridiculizaban las costumbres nativas, se convertía en objeto de asombro la tentativa de recurrir a los propios veneros sin, antes, haber solicitado la venia de las "autoridades". El magister dixit imperaba en la actitud mental; los caudillos militares hacían su agosto por entre la desorientación reinante. Indudablemente, hombres como Sabogal tienen que haber poseído una fuerza indomable para persistir en el delito de peruanizar al Perú. Y murió en ese empeño.

Manuel SUAREZ-MIRAVALL

Lima, 1958.

(Especial para EL DÍA)



"Los Reyes Magos", por José Sabogal.



Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

AUN ESTANDO DESARMADO, EL HOMBRE-MONO SE PREPARÓ VALENTEMENTE A REPELER EL ATAQUE DE LA PANTERA DE ADAMS.



INSTANTANEAMENTE, EL NEGRO FELINO ENCOGIÓ SUS MÚSCULOS ELÁSTICOS Y SALTO!

DESARMADO, CAYÓ DE ESPALDAS ANTE EL TERRIBLE GOLPE DE LA PANTERA DE ADAMS. TENDRÍA QUE LUCHAR POR SU VIDA COMO NUNCA HABÍA TENIDO QUE HACERLO ANTES!!

DICK
VAN BUREN
JOHN
CELARPO



MOVIÉNDOSE CONTINUAMENTE, EL HOMBRE-MONO LOGRÓ PONERSE DETRÁS DEL ANIMAL... ENSEGUIDA SE OYÓ EL SONIDO QUE SIGNIFICABA EL FIN DE LA PANTERA!!



RÁPIDAMENTE, TARZÁN SE DEJO CAER EN LA CAMUFLADA ENTRADA DEL TUNEL.



E HIZO SU CAMINO SILENCIOSAMENTE A TRAVÉS DEL PASAJE...



PARA ENCONTRAR QUE TERMINABA EN LA VILLA NATIVA, DENTRO DE LA CHOZA DE ADAMS.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



HALAGOS PARA SUS MANOS EN LA BRILLANTE COLECCION DE

Guantes

que presentan
nuestras 3 casas

CAPURRO & Co



presenta todos
los días a las 20 hs. excep-
to domingos por SAETA T.V.
Canal 10, EL NOTICIERO DE
LAS 3 AVENIDAS.

CASA MATRIZ Av. AGRA-
CIADA 2302 esq. Marcelino
Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GE-
NERAL FLORES 2341 esq.
Marcelino Berthelot.
Tel. 2 42 00-2 43 00-2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av.
18 DE JULIO 1601 esq. Car-
los Roxo - Tel. 40 41 11

GAMUCINA DE ALGODON

- 1 - Colores blanco, natural o negro.
Talles 6 1/2 al 8, el par \$ 5.20
- 2 - Colores blanco, rosa, cielo, cognac
patito o negro. Talles del 6 1/2 al
8, el par \$ 6.20
- 3 - Colores natural, cognac o negro.
Talles del 6 1/2 al 8, el par \$ 7.50
- 4 - Colores natural, cognac o negro.
Talles del 6 1/2 al 8, el par \$ 7.80

GAMUCINA "GLACE" Gran Calidad

- 5 - Puño sencillo bordado, colores
blanco, suelo, cognac o negro. Ta-
lles 6 1/2 al 8, el par \$ 7.80
- 6 - Puño doble bordado, colores blan-
co, rosa, cielo, patito, natural,
cognac o negro. Talles del 6 1/2 al
8, el par \$ 8.20
- 7 - Puño doble con canutillo, colo-
res blanco, suelo, cognac o negro.
Talles del 6 1/2 al 8, el par \$ 8.50
- 8 - Puño doble con labrado e hile-
ra de perlas, colores blanco, natu-
ral o negro. Talles del 6 1/2 al 8,
el par \$ 9.20
- 9 - Largo 25 cms. puño con frunce
e hilera de perlas, colores blanco,
natural o negro. Talles del 6 1/2 al
8, el par \$ 9.50
- 10 - Largo 40 cms. puño con frun-
ce, muy elegante, colores blanco,
rosa, cielo o negro. Talles del 6 1/2
al 8, el par \$ 15.80

CABRITILLA

11 - Clásico con botón, colores
natural, blanco, cognac o ne-
gro. Talles 6 1/2 - 6 3/4 - 7 - 7 1/4
7 1/2 y 7 3/4 - el par \$ 10.80

12 - Clásico sin botón, colores
blanco, cognac ó negro. Todo
talle, el par \$ 10.80

13 - CABRA FRANCESA Y HUN-
GARA: Gran calidad, clásicos
con botón, colores cognac, na-
tural, rosa o negro. Todo talle,
el par \$ 12.80

14 - CABRA FRANCESA: Fanta-
sia colores cognac o negro, To-
do talle, el par \$ 14.50

15 - CABRA FRANCESA: Fanta-
sia con cabra blanca, colores
cognac o negro. Todo talle, el
par \$ 14.80

16 - CABRA FRANCESA: Con pre-
silla y hebilla, colores cognac o
negro. Todo talle, el par \$ 15.50

GAMUZA

17 - Fantasia de gran vestir co-
lores negro o blanco. Todo ta-
lle, el par \$ 12.50

18 - Con aplicación de Cibra
colores negro o cognac. Todo
talle, el par \$ 12.50

19 - Fantasia colores negro, blan-
co o natural. Todo talle, el
par \$ 12.80

20 - Fantasia, largo 27 cms,
gran elegancia, color negro. To-
do talle, el par \$ 14.80

